



REAL SEMINARIO DE VERGARA.

DISCURSO

PRONUNCIADO

EL DÍA 21 DE OCTUBRE DE 1885

EN LA

SOLEMNE DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS

Y

APERTURA DEL CURSO DE 1885 Á 1886

POR EL

R. P. FR. MANUEL BADA,

SECRETARIO DEL COLEGIO.



BILBAO:

TIP. CATÓLICA DE SAN FRANCISCO DE SALES.

LIB. CATÓLICA DE BULF Y COMPAÑÍA.

1885.





SEÑORES:

Todos vosotros tenéis una idea, más ó menos exacta, más ó menos completa, del cuadro brillante que ofreció á las miradas de los sabios la en sus comienzos modesta fundación de Doña Magdalena Centurión de Génova en 1593, que llegó á conquistarse celebridad europea, bajo el nombre de *Real Seminario de Vergara*.

Rudos golpes descargó sobre este centro de enseñanza el brazo airado de la suerte en el período de casi tres siglos; y cuando la injusticia de un rey, más bien despótico que malvado, señalaba el camino del destierro en 1767 á los ínclitos Padres Jesuitas, verdaderos importadores de la ciencia á esta muy N. y L. villa; cuando en 1794 una soldadesca impía, que agitaba en los aires la bandera tricolor de la República francesa, bandera de la revolución y del exterminio, entraba á saco esta población pacífica, dejando completamente destrozados los gabinetes de mineralogía, física y química, amén de otros muchos deterioros en el resto del edificio, causados por aquellos hijos de la inmoralidad y de la barbarie; cuando en 1835 vino á turbar el sosiego de este templo de Minerva el estruendo de las armas, y una guerra político-religiosa reemplazó la apacible alegría del estudiante con la bulliciosa algazara del soldado, y la voz del maestro, que dirige la



inteligencia, con la voz del jefe, que dirige la fuerza; y cuando, en tiempos más cercanos á los nuestros, una serie de usurpaciones y violencias, de impiedades y de crímenes sacaron de sus hogares á los hombres del derecho y de la fe, para salvar los intereses de sus cuerpos y las creencias de sus almas, consecuencia de lo cual fué la ocupación militar de este establecimiento científico-literario: cuando, en todas las épocas aciagas que hemos enumerado, se conjuraban los acontecimientos contra el Seminario vascongado, y se creía en ocasiones, que iban á borrar su nombre de los fastos del saber, la ciencia lo escribía, con más brillo que antes, en el santuario de sus tradiciones, y conservaba con cariño todos sus hechos en el álbum de sus recuerdos gloriosos.

Y consistía, señores, en que la vida de este Seminario era sobrado vigorosa, para que pudieran extinguirla fácilmente los golpes de la adversidad. Vergara era el punto de cita, adonde acudía una juventud brillante y distinguida por el linaje, y más aún por la llama del génio que ardía en su frente, y por el ardor juvenil y generosas aspiraciones de saber, que abrasaban su corazón. España entera, sus posesiones en conjunto y algunas naciones europeas, confiaban la educación de sus hijos al Colegio vascongado, esperando, con razón, admirar luego en ellos inteligentes y pundonorosos militares que defendiesen el honor de la patria, y beneméritos repúblicos, que contribuyesen poderosamente á la prosperidad de las letras y de la industria. Y rivalizando en entusiasmo maestros y discípulos, y trabando gloriosas luchas en la arena de las lides científicas, dióse en Vergara, por vez primera en nuestra Península, el espectáculo de la fundición del platino, y en Mondragón la del acero.

De esta manera cumpliéronse á la letra los ardientes deseos del Director de la Real Sociedad Vascongada, cuando, en 1783, decía á los sócios de la misma: *Haced que, á esfuerzos de vuestro celo y amor á la patria, el colegio-patriótico-vascongado sea el luminar mayor que llene de luces á todo el reino, y un manantial inagotable de sabiduría, que con sus copiosos raudales inunde felizmente á España, salvando las barreras que hoy cortan el vuelo á la industria de las tres provincias, Álava, Vizcaya y Guipúzcoa.*

Tal fué, señores, el Real Seminario de Vergara, y tales los motivos porque se ha creado un nombre inmortal en la historia de nuestra patria; que si bien como crítico, y mucho menos como religioso, no me es dado aplaudir el rumbo que se imprimió á los estudios en determinadas épocas de la existencia de este Colegio, tampoco sería justo negar la bien merecida gloria de sus profesores y discípulos.

Empero, señores, habremos de confesar, pese á nuestro orgullo, que las más sublimes creaciones del hombre llevan el sello de la contingencia, y que si no bastan á destruirlas agentes particulares, se desploman con estruendo ante los cambios radicales que operan los acontecimientos en las más grandes instituciones de los pueblos. Así vemos que, en virtud de un conjunto de circunstancias que cambiaron por completo la faz de las naciones antiguas, las celeberrimas Universidades de otros siglos, y los afamados establecimientos literarios de las edades pasadas, fueron perdiendo su esplendor, ó extinguiéndose enteramente, para dar lugar á otra multitud de asociaciones sabias, como esos enormes planetas que, al fraccionarse con terrible explosión en el espacio, producen numerosos astros, llenos de luz y movimiento. Es verdad



que el feudalismo político concluyó antes que el feudalismo científico; pero también sonó para éste su hora en el reloj del destino, y á los antiguos centros de instrucción, que al recojer en sí mismos todos los elementos de vida intelectual, dejaban aterido el resto del social organismo, sustituyeron en todas partes Institutos y Colegios, que difundieron las ideas, vulgarizaron los conocimientos, é hicieron patrimonio de todos, lo que antes era privilegio de algunas castas afortunadas.

El Seminario Vascongado hubo de someterse á la común suerte, y fué perdiendo, poco á poco, su tradicional grandeza y su abolengo nobiliario, hasta que en Diciembre de 1873, trasladado el Instituto á la capital de Guipúzcoa, quedaron oficialmente desiertas las aulas de este grandioso establecimiento literario.

Entonces, señores, la Providencia sorprendió la general expectación, y haciendo concordar el fin con el principio, entregó á los hijos de Santo Domingo de Guzmán la herencia de los preclaros hijos de San Ignacio de Loyola. Modestos representantes de una corporación ilustre, venimos á continuar entre vosotros el magisterio de una Orden distinguida, tan benemérita de las ciencias y de las artes, como apreciada por la Iglesia y por el Estado. Humildes fueron nuestros principios, pues sólo contamos con 7 alumnos internos y 46 externos, al inaugurar con el Colegio el curso de 1880 á 1881. No traíamos ilusiones, sino convicciones profundas y confianza en el porvenir, al mismo tiempo que una fe ilimitada en la arraigada piedad del pueblo euskaro, y en el catolicismo nunca desmentido de la inmensa mayoría de las familias españolas. Y al acordarnos de que se abrieran los estudios de este Real Seminario con solos *siete alumnos* en el

año de 1767, y con *cuatro* en el de 1798, y con *seis* en el de 1840, logrando siempre elevarse á grande altura este centro de enseñanza, confiamos en que había de conservar, relativamente hablando, su esplendor antiguo.

El éxito no defraudó nuestras esperanzas, y con satisfacción grande vimos á nuestros pocos, pero aventajados alumnos, obtener en público y riguroso exámen calificaciones lisonjeras. A 9 se les adjudicó la nota de *Sobresaliente*, á 21 la de *Notable* y á 23 la de *Bueno*. Un solo discípulo de este Colegio, el brillante alumno D. Claudio Arteche y Galdona, quiso disputar el premio á los alumnos de otros centros en el Instituto de San Sebastián, y logró tan justa distinción en la asignatura de Geografía, como también Mención honorífica en primer curso de Latín y Castellano.

Durante el curso de 1881 á 1882 se matricularon en este Colegio 64 alumnos, sin que las notas de exámen desmerecieran de las del año anterior, pues 25 obtuvieron la calificación de *Sobresaliente*, 20 la de *Notable* y 39 la de *Bueno*. En la oposición al premio en el Instituto, solamente se presentaron 8 alumnos de este Seminario, y obtuvieron *dos Premios* y *cinco Menciones honoríficas* los discípulos D. Claudio y D. Cipriano Arteche, D. Florencio Arrazain, D. Vicente Zumárraga y D. Román Orbe.

Para los cursos académicos de 1882 á 1883 y de 1883 á 1884, se matricularon 84 y 123 alumnos respectivamente, ascendiendo en ambos á 75 las calificaciones de *Sobresaliente*, á 92 las de *Notable* y á 137 las de *Bueno*. Las distinciones merecidas en público certámen fueron *cuatro Premios* y *trece Menciones honoríficas*, obtenidos por los alumnos D. Claudio Arteche, D. Carlos de Marichalar, D. Eduardo de Aguirrevengoa, D. Víctor Ormaza-



bal, D. Toribio Zulaica, D. Isaac Eguren y D. Santiago Arrue.

En el curso próximo pasado de 1884 á 1885 hubo 142 alumnos matriculados, y los frutos de la enseñanza fueron tanto ó más copiosos que en los años anteriores, como lo comprueban las 88 calificaciones de *Sobresaliente*, las 79 de *Notable* y las 95 de *Bueno*, merecidas por los alumnos de este Real Seminario. Verificáronse en el Colegio los ejercicios para el Bachillerato, y actuaron 9 aspirantes, resultando aprobados todos ellos en ambos ejercicios, y 2 merecieron la calificación de *Sobresaliente* en la sección de ciencias. (1)

El Profesorado del Colegio movióse por fin á proponer la adjudicación de premios en el mismo Seminario, y el Tribunal nombrado para examinar las composiciones, acordó recompensar con *Premio* á los siguientes alumnos: Á D. Román Orbe en *Geometría*, á D. Isaac Eguren en *Filosofía*, á D. Dionisio Bilbao en *Retórica*, á D. Eduardo de Aguirrevengoa en *Historia de España* y á D. Luis L. Oliveira en *Inglés*, y con *Mención honorífica* á D. Victor Ormazabal en *Retórica*, á D. León Teus en *Historia Universal* y á D. Roberto Irizar en *Historia de España*. Debo advertir, sin embargo, que si bien con satisfacción grande consigno aquí los nombres de estos aventajados alumnos, tampoco dejaré de expresar mi sentimiento, de que no hubiesen tomado parte en el certámen otros varios distinguidos alumnos, los unos por un exceso de modestia ó timidez, por circunstancias diversas los otros.

(1) Posteriormente se graduaron en San Sebastián el tan brillante como modesto alumno, D. Claudio Arteche, con la nota de *Sobresaliente* en ambos ejercicios, y su hermano D. Cipriano con la misma en Letras.

Hé aquí, señores, una muy breve reseña de nuestra muy breve historia. Plugo al cielo bendecir nuestros esfuerzos y concedernos una juventud dócil, una juventud estudiosa, no lo digo porque me escucha, no lo consigno por adularla, sino para hacerle justicia en atención á los pocos alumnos que hemos tenido que corregir, y menos aún que castigar por faltas algún tanto considerables contra la disciplina académica. ¿Y qué otra cosa podíamos desear nosotros, cuya única ambición, cuyo solo interés se cifran en informar las tiernas inteligencias de los alumnos con los principios de la ciencia, basados éstos, iluminados y ampliados con las enseñanzas del catolicismo, sin el cual no hay ciencia verdaderamente completa, ni sólida ilustración? ¿Qué otro objeto podría llenar más cumplidamente las aspiraciones de nuestra alma que el ensanchar el corazón del niño; dirigiéndolo hacia Dios, rompiendo los moldes estrechos de los terrenos afectos, que lo prensan, que lo inutilizan, y grabando allí, con cincel finísimo, la encantadora imagen de la virtud, áncora de salvación entre el revuelto oleaje de las pasiones humanas?

Permitidme, señores, un recuerdo histórico. En los comienzos del siglo actual, un grande hombre, un gran génio no vaciló en manifestar su confianza y su gratitud para con los religiosos, encargados de la educación de los jóvenes escolares. Á su regreso de la campaña de Italia, y pasando por las inmediaciones de Juilly, Bonaparte recibió una visita de los Padres del Oratorio, quienes le presentaron á sus doscientos alumnos entre ellos á un hermano del primer Cónsul. Uno de los Padres dirigió á Napoleón estas lacónicas palabras: «General: los Maestros que educaron á Muirón y á Casablanca os presentan

»sus discípulos.» Bonaparte contestó: «Están en buenas manos; guardadlos.»

Guardar á la juventud, hé aquí nuestra misión árdua, laboriosa, pero misión noble, sublime, profundamente cristiana, como cristianas son aquellas palabras: «Dejad á los niños venir á mí.» Unir con Jesucristo á la juventud española, conducir su inteligencia al través de las maravillas de la naturaleza, y por las cosas visibles mostrarles las invisibles, la infinita virtud de Dios y su majestuosa grandeza, tal es el fin elevado que se propone todo colegio católico, si ha de custodiar religiosamente el depósito sagrado que le confían los padres de familia, al entregarle el tesoro de su acendrado cariño y tierno amor.

Y hoy más que nunca, señores; hoy que el torbellino de las ideas trastorna á tantas inteligencias; hoy que la facilidad de comunicaciones permite que los pensamientos crucen el espacio con la misma rapidez casi con que se reproducen en la mente; hoy que la universalidad de conocimientos ha degenerado en superficialidad lamentable; hoy que la razón humana se ha desvanecido en sus locas teorías, y, secundada por los desarreglados apetitos del corazón, ha blasfemado, porque no los ha comprendido, de los misterios de Dios. Nada de problemas trascendentales sobre el verdadero origen y destino del hombre; nada de cuestiones sobre los vitales intereses de nuestras almas; nada sobre los más nobles objetos, que debieran ocupar nuestras continuas reflexiones: todos estos problemas, ó se olvidan por completo, ó se tratan con una ligereza incalificable. La sociedad moderna no presta oídos á las doctrinas que podrían salvarla, porque, como dice un eminente escritor, la sociedad moderna padece el ensordecimiento de la bagatela. Y, sin embargo, es ne-

cesario reformar la sociedad, preparando generaciones nuevas, que sepan darse razón de su existencia, y, sobre todo, que comprendan á fondo la importancia de sus destinos inmortales.

Ahora bien, señores; ¿en dónde, sino en los centros de enseñanza católica, dignos de este nombre, se inicia á la juventud en los rudimentos generales de instrucción, que luego, convenientemente desarrollados en estudios posteriores más extensos, han de completar el plan de su carrera, y llenar el objeto, á que constantemente aspira? ¿En dónde, sino en semejantes escuelas cristianas, depone el joven la humillante levadura de las pasiones y malos hábitos, para alimentarse sólo con el sabroso manjar, sazonado con la virtud y el saber, que tanta fuerza presta á nuestro espíritu, y le da superioridad absoluta sobre todo cuanto le rodea en el orden físico y moral? ¿En dónde, sino en estas escuelas de estudio y de silencio, adquiere el hombre la conciencia de sí mismo, y se forman esos caracteres resueltos y enérgicos, que sólo estiman la vida para hacer el bien, y la pierden gustosos antes que practicar el mal?

Vosotros, jóvenes que me escuchais, vosotros sois los llamados á librar rudos combates en el campo de la vida. La victoria será vuestra, si llevais la fe en vuestras almas, la ciencia en vuestro espíritu, la virtud en vuestro corazón. Distráidos hoy por los juegos de la infancia, solicitados por las diversiones exteriores, propias de la edad, ó por las interiores ilusiones, que cautivan vuestras potencias, no imagináis siquiera lo que os aguarda, cuando, terminada vuestra carrera, hayais de penetrar en el seno de la sociedad, para tomar parte en todas sus prosperidades y desdichas. Nosotros, empero, comprendemos



lo que vuestra capacidad no alcanza, y por esto os anunciamos desde ahora, que ópimos frutos y brillantes coronas serán la recompensa de vuestra aplicación actual y de vuestro aprovechamiento, mientras que vuestra indolencia en el día de hoy os prepararía para el día de mañana los mayores desprecios, las más grandes y bien merecidas humillaciones. Jamás se borren de vuestra memoria estas palabras de un sabio: «La ciencia produce »juntamente con la gloria las satisfacciones más legítimas; »la ignorancia engendra con la confusión las más crueles »amarguras.»

Si me pidierais un consejo para salir airosos en vuestra noble empresa, yo no podría haceros mayor bien que copiaros los siguientes documentos del Príncipe de las ciencias, del Maestro de las Escuelas católicas, del Patrono de la estudiosa juventud, de Santo Tomás de Aquino: «Ante todo, dice, no empecéis vuestros estudios lanzándoos desde luego á la alta mar, antes, bien, imitad el »curso de los pequeños arroyuelos, marchando de las cosas fáciles á las que no lo son tanto. Sed parcos en el »hablar, y huid de esas reuniones ó círculos en que no se »hace otra cosa. Aplicaos con toda suerte de precauciones á conservar la pureza de vuestras almas, y no abandonéis jamás la práctica de la oración. Si deseáis que »Dios os eleve á las alturas de la ciencia, aficionaos al »retiro. Evitad las familiaridades, porque engendran el »menosprecio, y son pretexto constante para abandonar »el estudio. Escoged vuestros modelos de entre los hombres virtuosos, y grabad en vuestra memoria todo lo »bueno que oigáis, proceda de quien proceda. Esforzaos »por penetrar á fondo el sentido de vuestras lecturas y »de las explicaciones de las aulas, y consultad siempre

»que tengáis dudas. Siguiendo estos consejos, prosigue »el Santo Doctor, seréis semejantes á los árboles que »producen hojas y frutos, os haréis útiles á la Iglesia y »á la patria, y veréis colmados los deseos de vuestro corazón.»

He dado fin, señores, á mi insignificante trabajo; pero no abandonaré este sitio honroso, sin felicitar antes cordialmente á los jóvenes, que, por justa recompensa á su aplicación, obtuvieron los premios, cuyos diplomas y distintivos van á recibir en esta solemnidad literaria. Yo os felicito, amados alumnos, porque habéis ganado en noble lid este honroso distintivo, emblema permanente de vuestra aplicación y aprovechamiento, y que, al decorar vuestro pecho, enaltece vuestra alma á los ojos del mundo. Lejos de vosotros toda efímera hinchazón, toda presunción vana. Sea por el contrario satisfacción pura, y perenne recuerdo y aliciente para continuar por la senda del verdadero aprovechamiento.

En cuanto á los demás, que frecuentáis estos umbrales, ó los pisáis por vez primera, contemplad en vuestros compañeros laureados, los primeros y más inocentes goces que alcanzan la virtud y la aplicación, á los que seguirán otros mayores. Trabajad por imitarlos, para obtener semejante galardón, teniendo siempre á la vista el gran objeto que aquí os llama, el recuerdo de vuestros padres, el honor de vuestros profesores, el bien de la religión y de la sociedad, la gloria de Dios.

HE DICHO.



CUADRO NÚMERO 1.

*Número de alumnos y resultado de los exámenes desde el año
1880 hasta el de 1885.*

CURSOS.	N.º DE ALUMNOS.	SOBRESALIENTES.	NOTABLES.	BUENOS.	PREMIOS.	MECIONES HONORÍFICAS.
De 1880 á 1881	53	9	21	23	1	1
» 1881 á 1882	64	25	20	39	2	5
» 1882 á 1883	84	28	38	57	2	6
» 1883 á 1884	123	47	54	80	2	7
» 1884 á 1885	142	88	79	95	5	3

CUADRO NÚMERO 2.

*Personal facultativo del Real Seminario de Vergara para el
curso de 1885 á 1886.*

RECTOR.

M. R. P. Dr. Fr. Miguel Saralegui.

VICE RECTOR Y SECRETARIO.

M. R. P. Fr. Manuel F. Bada.

PROFESORES.

M. R. P. Fr. Miguel Saralegui.

» » » Manuel Bada.

» » » Juan González.

» » » Arturo Ortega.

» » » Melchor Fernández.

» » » Inocencio Fernández.

» » » Justo Cuervo.

» » » Humberto Romans.

» » » Toribio Ardanza.

» » » Pablo Monzón.



ADVERTENCIA.



La *Gaceta*, en su número correspondiente al 27 de Noviembre, publicó una R. O., declarando asimilados á la enseñanza oficial los estudios para el grado de Bachiller y para el título de Perito mercantil, que se cursan en este Real Seminario.

